

Pues bien! esclama el joven, aunque la sociedad fuese conmovida hasta en sus cimientos, declaro que nada me detendra para proseguir la realizacion de mis doctrinas, y renuevo contra este orden social que vosotros defendeis, y que yo declaro infame, el juramento que hizo Anibal a su padre, juramento de exterminio.

Despues de haber pronunciado estas palabras, el joven socialista palido, y con los ojos inflamados, levanta la sesion.

Olibrius se separa del Luxemburgo completamente desencantado del sistema de organizar el trabajo: el argumento del economista le pareció tan concluyente, que se admiraba cómo no le habian manifestado simpatias todos los que estaban presentes a la conferencia; ignoraba que cada una de estas gentes tenia un sistema en su bolsillo, y para todos era el economista un terrible contradictor, hablando en nombre de la razon y del sentido comun. Al bajar

la escalera se animó a dirigir la palabra a un hombre calvo y de pequeña estatura, que se hallaba a su lado.

Qué decis del sistema de la organizacion?

Una locura, respondió éste; el autor se esfuerza a buscar la verdad social, mientras que ésta se encuentra en la casa de vuestro servidor.

Ah! dice Olibrius mirando fijamente a su interlocutor.

Como tengo el honor de deciroslo, caballero, si quereis tomaros el trabajo de venir mañana a mi casa, podreis convenceros de la verdad de mi aserto.

Yo tendré el mayor placer, tartamudea Olibrius inclinándose....

Muy bien, dijo el hombre pequeño resbalando en la mano de Olibrius su tarjeta, y se separaron despues de haberse saludado reciprocamente.

Al otro dia muy temprano, ya Olibrius

estaba en el domicilio del desconocido, que lo recibió en traje de mañana, y le dice despues de haberle dado asiento.

No me tomaré el trabajo, caballero, de refutar todos los errores que nos ensartaron ayer; el sistema de organizacion del trabajo, no es otra cosa que el falansterio en escorso. Fourier y el autócrata de Luxemburgo, al querer obrar sobre la naturaleza del hombre, no han hecho sino constituir la inmovilidad en la movilidad. Por mi parte apreciaria mejor ser Patagor, que verme condenado á cinco años de falansterio atractivo ó de taller social pasional. Yo os haré notar ademas, que el individuo arrastrado por esta fuerza atractiva, perderia poco á poco su libre albedrio y no seria mas que una máquina imantada, algo parecida al para-rayos.

Ni oree en la teoría ambiciosa del Luxemburgo, ni en la utopia falansteriana; no tengo, sino una confianza muy mediana

en la omnipotencia del estado convertido en único propietario, y no supongo que Dios haya dado uñas á los tigres y á los leones para dar bola á las botas de los armenianos. La verdad no está ahí; si alguno puede lisongearse de poseerla creo sin fatuidad, que soy yo: prestadme tres minutos de atencion.

La ignorancia de sí mismo ha sido en todos tiempos la mayor desgracia del individuo. Los antiguos estaban tan convencidos de esto, que miraban al hombre como un mundo chico (micrócosmo) y que la divisa de Solon inscripta sobre el frontis del templo de Delfos, era esta: *Conócele á tí mismo*. Para conseguir este conocimiento, no basta montar á horeajadas sobre la espalda de la observacion y galopar por medio de sus instintos, de sus deseos, de sus pasiones, de sus voluntades y de todos los demas atributos que son del dominio del espíritu humano. La observacion es una

hacanea, unas veces fogosa, otras mansa, que sucesivamente va al galope, al paso, al trote, y más frecuentemente se acuesta en medio del camino sin querer ir más lejos. Por otra parte, en este peligroso viaje al rededor de la conciencia, cuántos viajes se ocultan al examen de vuestro lente observador! es necesario recurrir á otro medio, material é irrefutable. La naturaleza nos ha colocado sobre el cráneo prominencias y anfractos que son la reproducción, de algun modo matemático, del desarrollo interno del cerebro. Con el auxilio de estos órganos indicadores de una buena ó mala cualidad, de una virtud ó de un vicio, es fácil por el tacto no solo conocerse, sino también conocer á los demás á primera vista.

Vuestro medio, interrumpió Olibrius, que no pudo disimular sus ganas de reír, no servirá más que á los gendarmes y á los procuradores de la república.

Esto es precisamente lo que esperaba, respondió triunfante el discípulo de Gall; si no hubiese hallado más que eso, no tiene duda, en que mi sistema sería incompleto; pero, después de muchas noches de trabajo, he llegado á un descubrimiento que en algunos años va á cambiar la faz de la humanidad. He fabricado unas montañas, que aplicadas en la cabeza de los niños, comprimen los órganos malévolos y viciosos, y desarrollan al contrario los órganos inteligentes. Hasta hoy la cabeza del hombre ha sido impulsada á la casualidad como las zetas; yo quiero dirigirla, cultivarla y hacer una obra maestra con el auxilio del tutor, es decir de la montera. Dentro de veinte años ya no habrá, ni ladrones, ni idiotas, ni perezosos, ni malhechores, el mundo se poblará de hombres honrados y de genio. Por precio de mi descubrimiento no pido más que la estimación de mis conciudadanos, y la venta de mis

monteras orgánicas al precio de cinco francos cincuenta centinos.

Vuestro descubrimiento es muy bello, respondió Olibrius, que empezaba ya á comprender con qué loco se las había, pero sus resultados se harán esperar largo tiempo, y el mundo necesita ser salvado en el acto.

Que, me rehusareis veinte y cinco años que son nada en comparacion del universo eterno? Dentro de veinte y cinco años, caballero, tendrá lugar la realizacion definitiva del gran problema de la ponderacion de los espíritus, profetizada por el apóstol San Juan en el capítulo sétimo del Apocalipsis. El cordero de la cabeza de plata y los cuernos de oro es el símbolo de la perfeccion divina, á la que debe alcanzar, por fases sucesivas, este cofrecillo que encierra el diamante del cerebro. Dudais de los efectos de la montera? mejor hariais en dudar del mismo Gall. Mirad, caballero, mirad

esta montera destinada á la fabricacion de un gran poeta. El niño á quien se aplique este aparato ingenioso, será algun dia tan grande como Homero y como Shakspeare. Observad el desarrollo fabuloso de los órganos de la imaginacion. Qué prominencia de comparacion! qué protuberancia de idealidad! O siglo mió! cúbrete el rostro, exíste un hombre que ha tratado de negar la eficacia social de las monteras orgánicas!

Caballero, respondió Olibrius, que no creyó deber oponerse, yo no niego, y para probaros, cuánto me intereso en vuestro descubrimiento, quiero en el acto hacer sobre mí la aplicacion de vuestro sistema, dadme una montera.

De qué clase la quereis? de matemático, de banquero, de médico?... No, agrega él, ya sé lo que necesitais, sois filósofo, lo conozco en la forma larga de vuestra barba.... tened, esto os conviene.

Olibrius se prueba luego su peinado pa-  
 legenerico, y se despidió del novador in-  
 dustrial, pensando cuántos años necesita-  
 ria esperar para igualar al genio de Des-  
 cartes. ~~el abate de la almoneda la barzona~~  
 Olibrius entró en su casa poco convenci-  
 do de la excelencia matemática de las mon-  
 teras. Por simple que fuera su fé social,  
 no veia en el descubrimiento del Frenólogo,  
 sino una ingeniosa mistificación; el fourie-  
 rismo era un sueño, la organizacion del  
 trabajo un absurdo. . . . qué hacer? Caen en  
 esta tristeza, que sigue á un gran desalien-  
 to, mira á su derredor y no ve sino fasti-  
 dio y soledad. En sus horas de abatimien-  
 to acusaba al cielo de haberle dado un amor  
 tan inmoderado á sus semejantes, porque  
 si se condenaba á escudriñar con su balan-  
 za filosófica las teorías reformadoras en to-  
 dos los rincones y escondrijos, era por pura  
 filantropía, por el deseo de ser útil á la  
 humanidad. Muchos se esforzaban á que

rerle probar que la humanidad se encontra-  
 ba bastante bien para tener necesidad de  
 los unguentos, que le recetaban los empí-  
 ricos modernos, pero Olibrius los compade-  
 cia en el fondo de su alma, cuando no po-  
 dia conseguir hacerles la operacion de la  
 catarata social. El por su parte estaba  
 convencido que en alguna parte habia un  
 Cristo; no restaba mas que encontrarlo.  
 En esta disposicion se hallaba, cuando  
 Parentean entra en su casa una mañana.  
 Insistes todavía, le dice Olibrius, en el  
 acuerdo del dualismo humano?  
 Bien se trata ahora del dualismo huma-  
 no! respondió éste; el fourierismo es una  
 horricada y Considerant un farsante; por  
 otro lado, la democracia pacífica no paga  
 mas de un son por línea. Todo sistema en  
 que no hay mas que agua para beber es un  
 sistema juzgado; yo he sido armoniano, no  
 hablemos ya de eso. ~~como en el caso~~  
 Luego tú eres disidente? ~~... porque no~~